

¿UNA NARRATIVA PARA EL "GUSTO PLEBEYO"? :
LOS AUTORES DE LA NOVELA SEMANAL LE CONTESTAN
A LA RAZÓN

Margarita Pierini

Universidad Nacional de Quilmes
margaritapierini@sion.com

RESUMEN

Durante los primeros meses de 1923 el diario La Razón inició una campaña moralizadora tendiente a alertar sobre los males que causaba a la sociedad la proliferación de la "literatura barata", es decir, las numerosas colecciones de relatos breves que, por un precio ínfimo, circulaban en Buenos Aires desde 1917 en tiradas masivas. Algunos colaboradores de la primera y más exitosa de esas colecciones, La Novela Semanal, se sintieron convocados a la polémica y, a través de varios artículos publicados en esa revista, asumieron la defensa de la novela popular argentina, a la vez que se posicionaban contra la figura de Lugones, como símbolo de una postura academicista y conservadora. A través de estas breves notases posible relevar algunas constantes que se reiteran a través del tiempo en el debate sobre los valores de la literatura de masas.

La Novela Semanal (en adelante, LNS) incorpora, a partir de 1922, una serie de secciones destinadas a comentarios de actualidad, que apuntan a promover la reflexión, el debate o la nostalgia de los lectores sobre temas diversos: la situación miserable de los maestros del interior, la sospechosa ceguera de la policía frente al tráfico callejero de alcaloides, los aumentos abusivos del transporte colectivo en manos de las compañías extranjeras, el cambio de nombre de una calle tradicional.

*Me interesa analizar aquí una serie de textos breves publicados en 1923 en la sección titulada "Comentando la semana", a cargo de dos o tres redactores de LNS que contribuían también con sus textos de ficción a lo que constituyó durante una década (1917-1926) el centro de la publicación: la "novela" (más bien, *nouvelle*) *semanal*. (Posteriormente la revista se dedicará exclusivamente a un público femenino, con secciones características de este tipo de *magazines*). Estas notas breves surgen como respuesta a una serie de artículos del*

que denominan "un diario popularísimo" (LNS n.287) "cierto periódico de la tarde" (LNS n.292) o, ya sin elipsis, "*La Razón*" (LNS, n.268).

LOS TEXTOS DE LA POLÉMICA

Estas notas aparecen sucesivamente entre enero y junio de 1923 en respuesta a la campaña llevada a cabo con afán purificador y estilo inquisitorial por el diario conservador –y con claras simpatías por el fascismo naciente– que es *La Razón* en estos primeros años de su historia (rasgos que se dedicará a perfeccionar a lo largo del siglo).

Recordemos el contexto histórico de este periodo: el ascenso del radicalismo despierta la preocupación de quienes ven irrumpir nuevos sujetos políticos y sociales en los campos hasta entonces privativos de los sectores tradicionales o "patricios". Son conocidos los reclamos que se expresan a través de los "grandes diarios" frente a la sospechosa "debilidad" de Yrigoyen respecto a las demandas obreras que se traducen en numerosas huelgas durante su primer periodo. 1

Estos reclamos se levantan también para denunciar la inoperancia de las autoridades frente a lo que se percibe como corrupción generalizada, vicios sin control y pérdida de las virtudes tradicionales. Las voces de alerta se multiplican desde diversos foros. No ha llegado todavía la proclamación de la "hora de la espada" como fórmula salvadora y salutífera. Por el momento, los sectores que tienen como portavoz privilegiado a *La Razón* se limitan a denunciar enérgicamente dos "lacras" de la vida urbana: los alcaloides y la "mala literatura".

No voy a dedicarme aquí al primer tema, que merece por cierto un estudio especial sobre su representación en la literatura de la época. 2 Pero antes de pasar al análisis del segundo punto, me parece necesario subrayar la equiparación que hace *La Razón* entre estos dos vicios que considera igualmente peligrosos para la salud –física y moral– de la población: el consumo de drogas y el consumo de "literatura barata":

Si *La Razón* ha iniciado una campaña contra los alcaloides y la sigue con brillantes resultados 3, justo es, para que esa campaña se integre, que ahora vayamos contra la literatura perversa e inartística, contra el libro deformante de alma y pantano de la inteligencia.

Repetimos: se trata de un alcaloide más, un alcaloide terriblemente devastador (*La Razón*, 26-4-1923).

Con este objetivo, el vespertino publica sucesivamente una serie de notas, entre las cuales destacamos), "Lo que se lee en Buenos Aires" (29-11-1922), "La novela popular" (diciembre de 1922), "Literatura barata" (23-4-1923) y la Encuesta titulada "Literatura pornográfica, ñoña o cursi" (26-4 a 16-6-1923).

Frente al discurso de tonos dramáticos que predomina en estos artículos y a las severas advertencias que en ellos se formulan, surge necesariamente la pregunta: ¿Contra qué peligros levanta su voz de alerta el periodismo "serio"? ¿Cuál es ese terrible enemigo de la sociedad contra el cual el vespertino se erige en acusador público?

Recordemos el estado del "campo de lectura", para usar el término de Prieto (1988) en los primeros años del siglo XX. La tradicional escasez de editoriales nacionales, con la consecuente dificultad para publicar autores argentinos - evocada en los recuerdos de Gálvez, Fernández Moreno, Giusti, González Arrili, Ingenieros, entre otros- comienza a dar lugar a las empresas de una serie de editores hábiles y esforzados que, siguiendo muchas veces las recetas ya probadas por sus colegas españoles, lanzan al mercado publicaciones de bajo costo, al alcance de los lectores que la alfabetización masiva había multiplicado en los centros urbanos. Ya desde principios de siglo⁴ circulaban los modestos volúmenes de la *Biblioteca Blanca* española que ponían al alcance de bolsillos escuálidos las obras de la literatura universal, en ediciones baratas y de atractivas portadas⁵.

Estas iniciativas han contribuido a afianzar hacia 1920 un campo editorial destinado a los lectores populares, el cual alcanzará su apogeo con el surgimiento de las numerosas colecciones de *novelas semanales* que, entre 1917 y 1930, se multiplican en los kioscos de las grandes ciudades argentinas. Junto con los textos narrativos, aparecen también las colecciones de poesía, las obras de teatro nacional y universal, las recopilaciones de ensayos y aforismos de autores populares como Amado Nervo, las obras de los maestros del anarquismo y del socialismo, los manuales destinados a promover normas higiénicas, los libros que enseñan a comportarse en sociedad o a redactar cartas de diverso tenor.

Todo este corpus - cuyo bajo precio se sostiene a costa de la calidad editorial (papel prensa, tipografía apretada, portadas de colores llamativos, selecciones arbitrarias en los

contenidos)- será objeto de sostenida descalificación por parte de quienes tradicionalmente han hegemonizado el consumo cultural.

Esta crítica, que ya cuenta con una importante tradición en nuestro país - con voces tan autorizadas como las de Cané, Ernesto Quesada o Calixto Oyuela⁶ - alcanza un momento culminante a mediados de la década del 20, en el período de auge de las novelas semanales. A partir del éxito de la iniciadora del género en nuestro país, *La Novela Semanal* (creada en 1917 por un editor español, Miguel Sans) estas colecciones de relatos - inéditos en su mayoría- , de autores nacionales, a los que pronto se incorporan firmas hispanoamericanas y europeas, multiplican su número y sus tiradas, al punto de que es posible afirmar que, hacia 1923, circula alrededor de medio millón de ejemplares por semana. La lectura de ficción en obras breves y accesibles por su precio constituye en este momento –junto con el teatro popular- un importante entretenimiento para una gran parte de la población urbana.

La irrupción de esta producción editorial masiva - que Manuel Gálvez calificará de "balumba literaria" en la citada encuesta de *La Razón* (1923)- resultará objeto de críticas severas o de ironías más o menos ingeniosas. Desde el lado de la vanguardia, la revista *Martín Fierro* se burla sostenidamente de los autores de las novelas semanales, a las que por cierto revela prestar más atención de lo que podría suponerse .⁸ (Beatriz Sarlo (1993) ha analizado certeramente la ideología que subyace a esta crítica aparentemente frívola y juguetona).

Desde otro lugar, *La Razón* se erige en el vocero de la crítica moralista y aleccionadora. En 1923, las novelas semanales constituyen un fenómeno editorial que ya ha demostrado su capacidad para atraer y retener el favor del público, por lo cual parece imprescindible llamar la atención hacia este foco de corrupción artística y moral, para que se adopten medidas correctivas.

Los argumentos que se esgrimen contra tales publicaciones son de diverso orden:

- A pesar del proclamado objetivo de estas colecciones de sacar a la luz pública autores inéditos de valía, no ha aparecido hasta el momento ninguna promesa de las letras.

- Las novelas semanales difunden y financian textos de autores improvisados y de pésimo nivel artístico, que hasta entonces sólo habían tenido la posibilidad de publicar a expensas de su propio bolsillo.
- Estas producciones ofrecen una literatura tan barata por su precio como por su calidad estética.
- El único objetivo de estos editores –y de sus colaboradores- es el lucro, dejando de lado los elevados fines que debe tener la literatura.
- Esta "literatura barata" contribuye a corromper el gusto de por sí estragado de sus destinatarios, a los que se tipifica genéricamente bajo el rótulo de "cocheros y verduleras".
- Los autores de estas obras en nada contribuyen al progreso del país ni a la elevación de la cultura pública.
- Por culpa de estas obras, la novela "que debería ser un motivo de sano esparcimiento espiritual, se desnaturaliza y conspira no sólo contra el buen gusto, sino, a menudo, contra las buenas costumbres"(La Razón 23-4-1923) sin que sean objeto de ninguna sanción.

La encuesta que realiza *La Razón* entre una decena de escritores relevantes del momento –varios de ellos colaboradores de novelas semanales- tiene por objeto crear consenso acerca de la peligrosidad de tales publicaciones para la cultura nacional y promover medidas que sancionen por igual a sus editores y a sus autores. Sin embargo, el único entrevistado que hace causa común con la campaña de *La Razón* es el olímpico Lugones. Los demás (Gálvez, Bianchi, Rojas, Ingenieros, entre otros) encuentran argumentos para defender los aspectos positivos de esta literatura al alcance de todos.⁹

LOS AUTORES DE LA NOVELA SEMANAL LE CONTESTAN A LA RAZÓN

Los editores de las novelas semanales están muy alertas a las notas que aparecen en la prensa periódica sobre sus publicaciones y suelen darles cabida en sus páginas. Así, es posible encontrar el listado de periódicos y revistas que han saludado su aparición, o la noticia del juicio que alguna vez lleva a uno de sus competidores ante los tribunales ¹⁰. La campaña de *La Razón* despierta la reacción de algunos de los redactores de LNS que se

sienten compelidos a realizar la defensa de algo que consideran mucho más que una fuente de trabajo: lo que está en discusión es un concepto de literatura.

Entre los tres columnistas de LNS que salen a la palestra posiblemente el más conocido sea Marcelo Peyret (1897-1924), nieto de Alejo Peyret, considerado en su época una de las promesas de la joven narrativa, y cuya prematura desaparición (a los 28 años) promovió emotivos homenajes por parte de sus colegas (cf. LNS n° 468).

Carlos Ocampo ocupó la dirección de LNS a partir de 1927, y parece haber sido un eficiente promotor de grupos literarios¹¹, así como un hábil renovador de las estructuras periodísticas de la publicación. Por su parte, Manuel María Oliver (1877-1955) es homenajeado por LNS como creador del bachillerato nocturno (LNS, n.431), tarea que comparte con su actividad de escritor y periodista.

En sus notas en respuesta a la campaña de *La Razón*, los tres escritores exponen sus ideas sobre el sentido y las perspectivas que esta "literatura barata" ofrece para un público masivo. A través de sus argumentos se actualiza una polémica de larga data, la que confronta el "arte culto" con el "arte popular".

Invirtiendo el orden en que fueron publicados, me referiré en primer lugar a la nota de Peyret titulada "A propósito de la mala literatura" (LNS 18-6-23). Su autor acuerda totalmente con la campaña de *La Razón* en contra de la 'mala literatura'. Y no se trata simplemente de una estrategia para combatir al adversario con sus propias armas; en diversos artículos periodísticos, así como en su tesis de abogado¹², Peyret reitera su preocupación por las malas influencias que tanto ciertas obras de ficción como la incipiente industria del cine pueden ejercer sobre conciencias poco formadas (en particular, los niños y los jóvenes). En una breve nota autobiográfica solicitada por *El Suplemento* (la publicación hermana de La Novela Semanal) expresaba en 1920 su postura sobre el tema:

Opino que los escritores deben tener conciencia de sus responsabilidades (...). Hay gran cantidad de gente, la mayoría, que no lee otra cosa que novelas. Ellas influyen en sus modos de pensar y por consiguiente en sus normas de vida. El inducirlos dañosamente es un crimen tan grande como el que cometería un maestro predicando el mal desde su cátedra". (*El Suplemento*, n° 9, septiembre 1920).

En este mismo sentido, ahora en LNS "aplaude complacido" que se busque "depurar el ambiente" de "ciertos pseudoliteratos cuyo papel en la sociedad es el de productores de cantárida escrita". Pero, justamente, a pesar de lo que insinúan "ciertos espíritus suspicaces", LNS es absolutamente ajena a esas deformaciones. Y, como argumento, ofrece una larga lista de los colaboradores (más de cincuenta), entre los cuales "figuran los nombres de nuestros más distinguidos literatos". La lista es ciertamente convincente; desfilan la mayor parte de los escritores más destacados del periodo: Enrique García Velloso, Enrique Larreta, Belisario Roldan, Horacio Quiroga, Ricardo Rojas, Alejandro Sux, Benito Lynch, Soiza Reilly, Estanislao Zevallos, Eustaquio Pellicer, Cesar Duayen, Ingenieros, Hugo Wast, Gómez Carrillo.

Y por si no alcanzara sólo con el "nombre de autor", apela a otro argumento: el prestigio consagratorio que en el sistema vigente suele aceptarse, dice, "como índole de calidad": los premios alcanzados por sus colaboradores en los concursos municipales - Gálvez, Cancela, Olivera Lavié, Blomberg y Barreda.

A los escritores de LNS, por lo tanto, no les cabe el sayo que se empeña en colocarles *La Razón*; solamente "un espíritu perturbado" podría aplicarles la denominación de "mala literatura".

La nota de Manuel María Oliver, "La mala literatura y el dios amarillo"(n°287, 29-5-23) tiene un tono francamente polémico, y trasciende la crítica a *La Razón* para enfrentarse con el primer entrevistado, Leopoldo Lugones, a quien, en razón de su prestigio, el diario acude en busca de opinión. Lugones, desde "su clara y tranquila oficina del Consejo Nacional de Educación" donde por las ventanas "atisba el crepúsculo", se muestra francamente desdeñoso respecto al tema de la encuesta y "se extraña de que hayamos acudido a él para solicitar opinión acerca de esa deplorable literatura. - Estoy muy lejos de esos mercados literarios- dice- y no sé cómo se desarrollan". Para modificar el gusto de los lectores, concede finalmente, "lo único que hay que hacer es educar al público" y para ello debe acostumbrárselo a "leer diarios serios y bien escritos para que se desvíe de todo lo pavo, lo cursi y lo sucio en literatura" (*La Razón*, 2-5-23, p.1).

El "ninguneo" al que la figura prócer de Lugones condena a los escritores que hacen sus primeras lides en las publicaciones semanales despierta una respuesta inusualmente violenta en Oliver, quien expone su preferencia por la publicación de muchos novelistas

jóvenes, aunque sean malos, como señal de que "por lo menos se lee, se concibe, hasta se sueña". "Peor sería que no hubiera nada y reinaran solo los oligarcas literarios, encaramados en sus viejos moldes convencionales, en sus prejuicios y en sus odios". Y agrega un argumento que se reitera en esta polémica: el proceso de depuración del gusto que será obra de los mismos lectores, injustamente descalificados por estos solemnes inquisidores: "De la mala literatura surge la buena, y el mismo público, considerado con reducida capacidad mental, ya se encargará de la selección y del consiguiente análisis".

Pero Oliver no se queda en la confrontación teórica con el maestro que empieza a ser discutido desde veredas tan opuestas como la revista *Martín Fierro* y las novelas semanales. La nota se centra en dos de los blancos predilectos de los antagonistas del "Platón cordobés": por un lado, el elitismo de su saber enciclopédico que se aísla en torres de marfil, y mira con desdén a las "imbéciles muchedumbres, que no se posternan ante [sus] engendros filosóficos, [sus] artículos helenistas, [sus] partos filológicos y lingüísticos". Por otro lado, su traición a las ideas anarquistas de su juventud para acomodarse bajo la protección oficial:

¡Oh maestro del Misal Rojo, de las bravas, recias y feroces dentelladas gramaticales contra la sociedad burguesa y sus crías!
¡Qué admirable poder tiene tu espíritu para aclimatarse al arrullo aristocrático y abominar del pobre pueblo, "envenenado" de vil prosa!

La tesis de Oliver confronta la figura sacralizada del presunto "dios" de la literatura oficial con la de los jóvenes que se inician "con el alma limpia de todo pecado", sin ambiciones y sin prepotencias, para explorar nuevos aires.

En su nota es posible verificar el proceso de parricidio intelectual que proponen las nuevas generaciones. En *Martín Fierro* se hará desde la propuesta de nuevas formas estéticas; en la literatura popular, desde el reclamo de un reconocimiento a los autores ignorados por el sistema de validación oficial. El hecho de ser ésta una de las críticas más reiteradas a las novelas semanales puede explicar la virulencia del ataque de Oliver, enfrentado con el "viejo dios amarillo", cuyas opiniones, a pesar de todas las críticas, siguen gozando de autoridad en el sistema al que pertenece el mismo Oliver.

Por último, la nota de Carlos Ocampo, "La novela popular" (LNS n° 268, 1-1-1923) apela a la ironía para enfrentar la crítica periodística: "La Razón, días pasados, publica un artículo en el cual el comentarista, con un dolor que parte el corazón, se pone a llorar porque en el país no hay novelas ni novelistas". Y cita extensamente el artículo en cuestión:

Cuando empezó a publicarse esta clase de novelas cortas, se esperó, y es natural, que serviría para descubrir todos los Maupassants o los Flauberts que se escondían aún en la sombra del anónimo. Ha pasado algún tiempo, sin embargo [desde 1917 hasta 1923] y a pesar del optimismo explicable de algunos carteles de propaganda, ni siquiera han aparecido el Emilio Zola argentino o el George Ohnet criollo que aún esperan ansiosamente nuestros cocheros y nuestras verduleras. Lo cual, pensando bien, es una inmensa suerte. Porque bastante sentimentalismo mórbido, bastante dramón y truculencia y adulterio y escatología nos han venido de Europa como para desear ahora que aquí también progrese y se desarrolle la explotación sistemática del gusto plebeyo.

La cita no tiene desperdicio: por empezar, da cuenta de la jerarquía de valores literarios del cronista, que sienta en el mismo nivel al maestro del naturalismo y al reaccionario creador de *best sellers* sentimentales. En segundo lugar, hace patente una concepción de la literatura nacional: no hay en el país, se afirma, escritores de jerarquía dedicados al público popular, ni debe haberlos; nada tienen que hacer aquí los creadores de folletines, como Sue, Montepin o Pérez Escrich 13.

La respuesta de Ocampo desarrolla un argumento reiterado por los defensores de la literatura popular: el gusto por la lectura es un proceso paulatino y perfectible. Estas novelas breves –que por cierto, no son patrimonio exclusivo del público más "bajo"- "fueron las que acostumbraron al público a la bendita afición de leer, sin distinciones de categorías". Este proceso de aprendizaje se da tanto en los receptores como en los creadores: el público va puliendo su gusto y los escritores noveles van perfeccionando su práctica literaria. La literatura, aun la menor, contribuye a hacer obra de cultura, tan necesaria en un país en formación. Y se atreve a augurar que "no pasará mucho tiempo sin que aparezca ese anónimo novelista que *La Razón* estima innecesario para el progreso del país y para elevar la cultura pública".

RUBÉN DARÍO ENTRE MILONGUITAS Y MALEVOS

Acotada en el tiempo (los seis meses que transcurren entre diciembre de 1922 y junio de 1923) esta polémica trasciende largamente esas fechas. Los argumentos de una y otra parte pueden rastrearse desde varias décadas atrás - si nos circunscribimos a nuestra literatura- , en los juicios lapidarios de Cané y Quesada sobre los folletos y folletines criollistas. Se prolongan en los años 20 y 30, a través de las críticas, severas o burlonas, de escritores de registros tan variados como Horacio Quiroga, Roberto Arlt o los redactores de *Martín Fierro*, por citar sólo algunos de los testimonios que contribuyen a nutrir un corpus amplísimo sobre el tema de la denostación o la defensa de la literatura popular.

Pero esta polémica se inserta en un campo mucho más vasto. García de Enterría, en su estudio sobre las literaturas marginadas se refiere a las operaciones a través de las cuales, a lo largo de la historia, "aquellos que deciden" han determinado "quiénes - qué autor- y cuáles - qué obras- pueden y deben atraer la atención de críticos, estudiantes y lectores" (García de Enterría 1983:11). Los argumentos que fundamentan estas determinaciones son - en el plano de lo explícito- tanto estéticos como morales. Curiosamente, el mismo tipo de descalificación que Caro Baroja (1969) releva para los textos que conforman la literatura de cordel se reitera casi sin variantes en la crítica a la "literatura barata" que circula en nuestro país en los años 20.

Vale la pena preguntarse entonces qué es lo no dicho, lo que subyace a estos cuestionamientos donde, en aparente paradoja, se dan la mano la vanguardia literaria y el periódico conservador.

La denominación de *literatura barata*, surgida del dato irrefutable de su precio, parece operar metonímicamente para designar, primero a sus lectores, y luego, inmediatamente después, a sus autores. Escribir para el *gusto plebeyo* implicaría descender a él, adaptarse a sus demandas, lo cual sólo puede tener como motivación - según esta perspectiva- el afán de lucro. Es decir, la antítesis más absoluta de lo que constituye la esencia del Arte (con mayúsculas, por supuesto).

Como se desprende de los testimonios relevados, la irrupción de estos lectores masivos en el sistema literario provoca sorpresa y disgusto. Parece ineludible asociar la reacción de

los sectores patricios frente al "aluvión" migratorio, a finales del XIX, con el rechazo de los sectores tradicionalmente letrados hacia esta literatura de masas. Y si en la década del 80 Miguel Cané conminaba a los suyos a "cerrar el círculo" social para impedir el acceso a los recién llegados (Cané 1919:124) lo que ahora se propone es la clausura del espacio literario para que no lo invadan estos nuevos lectores que quieren apropiarse de unos bienes simbólicos hasta entonces privativos de unos pocos espíritus cultivados.

Frente a la racionalidad de los argumentos expuestos desde este sector - la literatura popular ofrende el gusto estético, transmite valores degradados, corrompe la moral de las masas- lo que subyace es el sentimiento de una clase que se siente despojada del monopolio de los bienes artísticos. Pocos meses después del cruce de opiniones entre *La Novela Semanal* y *La Razón*, el director de *Martín Fierro* publica en el primer número de su revista una nota que bien puede servir como colofón a esta polémica. En su artículo "Rubén Darío, poeta plebeyo", Evar Méndez expresa su desazón al ver publicada, "allá, por la calle Boedo, lejano rincón característico de Buenos Aires, una popularísima edición de *Prosas Profanas* en vulgar papel de diario (...), en largo tiraje (y) al más bajo precio" , para uso de "Milonguitas", "malevos y verduleros" que las recitarán "en las pringosas pizzerías locales" o "en el pescante de sus carretelas" (Méndez 1924:2).

No se trata en este caso de la condena a una mala novelita de un escritor aficionado. Lo que se afirma es que la más pura literatura se degrada inevitablemente al caer en las manos de los lectores del arrabal. La polémica, entonces, va mas allá de los valores artísticos sobre los cuales se explayaba el discurso explícito para revelar la confrontación social y cultural que subyace en las posturas de uno y otro bando.

En este sentido corresponde releer también los argumentos de los defensores de esta literatura popular. Frente a quienes quieren "congelar" el corpus, ignorando *a priori* cualquier producción surgida en este campo, y niegan toda sensibilidad estética a sus lectores, se levantan las voces de aquellos que conciben a la literatura popular como un sistema que incluye y educa, en un proceso de permanente progreso.

Quiero cerrar estas notas con la respuesta con que Alfredo Bianchi - uno de los directores de *Nosotros*, y por lo tanto en nada sospechoso de parcialidad hacia esa "literatura plebeya" - confunde al severo periodista de *La Razón*. Después de señalar que "la aclimatación de tanta novela semanal de distinto color ha dado motivo al fenómeno de que subsistan en

Buenos Aires una media docena de editoriales que publican por 20 centavos íntegramente las mejores obras de la literatura universal" concluye Bianchi:

Aquí, donde se da el caso de escritores y periodistas que no leen nada, absolutamente nada (...) no deja de ser consolador ese espectáculo de las multitudes que siempre llevan un papel impreso en la mano. Más temible que un canillita que lee malas novelas, es un periodista que no lee nada. Creo, pues, que acaso la encuesta por hacer sería ésta: ¿por qué entre nuestros escritores y periodistas no se cultiva más el amor a la lectura (La Razón, 12-6-23, p. 6).

NOTAS

1. Entre los reclamos más significativos, cf. los que aparecen durante la Semana Trágica de 1919, o durante las huelgas de la Patagonia (1920-1922) en *La Nación*, *La Prensa* y *La Razón*.
2. Solamente quiero señalar que resulta significativa esta propuesta de una condena social –pronto llevada al plano legal- para una costumbre bastante difundida en todos los medios y que hasta entonces era considerada como algo reprobable pero sin adquirir visos de criminalidad. Llama la atención también el hecho de que esta campaña de criminalización se dé simultáneamente y con similares características en otro vasto conglomerado urbano, como es la ciudad de México. Un estudio reciente ha señalado una causal política en esa campaña, que coincide "con los primeros intentos de injerencia norteamericana en materia de política antinarcóticos en México" (Pérez Montfort 1999:13).
3. El diario había comenzado por esas mismas fechas (abril de 1923) una campaña contra "el vergonzoso vicio de los alcaloides", sin privarse de mostrar fotos patéticas de personas presumiblemente devastadas por el vicio.
4. Antes de esas fechas, ya circulaban a finales del XIX modestas ediciones dedicadas a difundir la literatura criollista; cf. Prieto (1988).
5. Así la recuerda González Arrili en sus memorias: "¡Oh *Biblioteca blanca!* ¡oh ediciones valencianas del glorioso Sempere, calle del Palomar 10, bajo el signo de aquella cabeza de mujer de perfil enérgico, tocada con un gorro frigio, entre laureles y

palabras: 'Arte y Libertad'! Una peseta o cuatro reales, que anunciaba la tapa, convertidos aquí en Buenos Aires en cuarenta y cinco centavos. Un volumen cada semana era lo menos que podía leerse y rumiarse eligiendo entre historia y literatura, entre sociología y arte" (González Arrilli 1983:173).

6. Me remito nuevamente para este punto al trabajo de Prieto (1988).
7. Hasta la fecha, hemos relevado treinta colecciones en nuestro país, que aparecieron sucesivamente entre 1917 y 1951.
8. Casi no hay número donde no se haga referencia a estas publicaciones, por lo general en las secciones burlescas del Parnaso Satírico o los epitafios.
9. Analizo esta encuesta en mi artículo "*Alcaloides de papel: una encuesta sobre la 'literatura barata'*" (2002).
10. *La Novela del Día* se dedica a exponer detalladamente un juicio al que se vieron sometidos los directores de LNS, su principal competidora (n° 82, julio de 1920).
11. Cf. la reseña de un banquete en su homenaje en la revista bibliográfica *La Literatura Argentina* (n°38, octubre 1931).
12. Peyret (1917).
13. El anónimo cronista de *La Razón* coincide con lo que sostenía hacia fines del XIX Miguel Cané: al comentar las cartas de viaje de Sarmiento, Cané lamenta que, como toda su generación, el sanjuanino sólo viera París "a través de los *Misterios* de Sue". Y advierte: "A mis ojos, esa influencia no pudo ser más perjudicial para el porvenir de las letras argentinas" ya que, deslumbrados por los modelos europeos, "los jóvenes que manejaban una pluma se limitaban a copiar los poemas y reflejar el ideal de los románticos en boga" (Cané 1919:184).

BIBLIOGRAFÍA

Cané, Miguel (1919), "De cepa criolla" (pp.111-125) y "Sarmiento en París" (pp. 177-205), en *Prosa ligera*, Buenos Aires, La Cultura Argentina.

Caro Baroja, Julio (1969), *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, Revista de Occidente.

Fernández Moreno, Baldomero (1957), *Vida*, Buenos Aires, Ed. Kraft.

Galvez, Manuel (1944), *Amigos y maestros de mi juventud (1900-1910)*, Buenos Aires, Ed. Kraft.

García de Enterría, M. Cruz(1983), *Literaturas marginadas*, Madrid, Playor.

Giusti, Roberto (1955),"Una generación juvenil de comienzos de siglo" en *Ensayos. Selección publicada por los amigos y discípulos. Celebrando las bodas de oro del autor con la profesión literaria*, Buenos Aires, s/e, pp. 217-235.

González Arrili, Bernardo (1983), "La Biblioteca Blanca" en *Ayer nomás*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, pp. 172-177.

Ingenieros, José (1915), "Historia de una biblioteca" en *Revista La Nota*, 11-9-1915, Buenos Aires.

La Literatura Argentina (1931), "La demostración al director de *La Novela Semanal* y autor de "El festín de los locos" adquirió el carácter de una apoteosis", en revista *La Literatura Argentina*, n° 38, octubre 1931.

La Novela Semanal (1917-1926), Buenos Aires.

La Razón (1923), "Literatura pornográfica, ñoña o cursi. Nuestra encuesta para averiguar por qué el público, los autores y las casas editoriales facilitan su incremento", 26-4-1923/16-6-1923.

Méndez, Evar (1924), "Rubén Darío, poeta plebeyo" en revista *Martín Fierro*, n°1, febrero, p.2.

Oyuela, Calixto (1993), "Una detestable plaga moderna: la literatura industrial" en Alberdi, Juan Bautista; Payró, Roberto y otros, *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, CEAL, pp.103-109.

Pérez Montfort, Ricardo (1999), *Yerba, goma y polvo. Drogas, ambientes y policías en México 1900-1940*, México, Era-Conaculta.

Peyret, Marcelo (1917), *La prevención de la delincuencia en la República Argentina. Instituciones de adaptación posible en nuestro medio ambiente*, Tesis de Grado en Abogacía, UBA.

Pierini, Margarita (2002), "*Alcaloides de papel: una encuesta sobre la 'literatura barata'*", *Revista de Literaturas Populares*, UNAM, México, año 2, n° 2.

Prieto, Adolfo (1988), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.

Quesada, Ernesto (1983), *El criollismo en la literatura argentina y otros textos*, selección y prólogo de Alfredo Rubbione, Buenos Aires, CEAL.

Revista Martín Fierro (1924-1927), (1995), edición facsimilar, estudio preliminar de Horacio Salas, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes.

Rivera, Jorge (1968) "La forja del escritor profesional. Los escritores y los nuevos medios masivos", en *Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, CEAL, t. III.

Rivera, Jorge (1980), "El escritor y la industria cultural. El camino hacia la profesionalización (1810-1900)" en *Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, CEAL, t. III.

Sarlo, Beatriz, (1983), "Vanguardia y criollismo. La aventura de *Martín Fierro*" en Altamirano, Carlos y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, pp. 127-171.